

EL PS QUE NECESITAMOS TENER

En noviembre próximo nuestro Partido realizará la segunda elección general de sus autoridades desde su reunificación en diciembre de 1989.

Entonces, iniciábamos nuestro reencuentro después de más de una década de dispersión, junto con las pesadas tareas de la transición a la democracia y su consolidación, preparándose el Partido para enfrentar los complejos desafíos de tan difícil proceso, único en el mundo, desde sus posiciones en el Gobierno y en el Parlamento.

En los dos años transcurridos, el Partido ha enfrentado cono no poco éxito tales desafíos. Desde luego, las direcciones que han tenido a su cargo la conducción partidaria ha contribuido decisivamente a consolidar la reunificación, junto con recoger el aporte de cientos de militantes de otras colectividades de la izquierda que buscaron en el P.S. el ámbito donde poder realizar plenamente sus procesos de renovación. Además el partido ha desempeñado un papel destacado en el Parlamento y en el Gobierno, donde los militantes en funciones han recibido el reconocimiento y elogio generalizados, religitimando así al Socialismo como fuerza capaz de dar gobierno serio y eficaz al país. Por último, el Partido enfrentó la primera elección nacional, la de concejales, en que los diferentes sectores políticos pudieron medir fuerzas por primera vez, logrando los socialistas posicionarse como una fuerza de peso no despreciable, a pesar de un contexto mundial desfavorable para nuestras ideas y de precariedad de nuestros recursos.

Hoy, próximos a comenzar el último cuarto del mandato del Gobierno del Presidente Aylwin, se inician ya los preparativos para asumir los desafíos de proyectar la Concertación hacia un nuevo Gobierno y lograr una mayor representación parlamentaria, además de hacer realmente efectiva la participación del pueblo a través de la comuna democratizada. En dicho marco, los socialistas nos aprestamos, además, a poner a un hombre de nuestras filas, Ricardo Lagos, a la cabeza de la Concertación y del país, como Presidente de la República.

No son, por cierto, desafíos menores. Por el contrario, la tarea es enorme. Para poder enfrentarlos es crucial superar las deficiencias y distorsiones que nos aquejan, a fin de contar con el Partido que necesitamos, un PS orgánicamente fortalecido y socialmente gravitante, que modernice y haga más eficientes sus estructuras y formas de organización y trabajo y que se proyecte fuertemente hacia afuera, hacia las bases que constituyen su sustentación histórica y más allá y hacia los problemas que preocupan al

país, convocando con sus planteamientos a un amplio espectro de fuerzas sociales.

El PS que tenemos, sin embargo, no está a la altura requerida para acometer con éxito tales desafíos.

Contamos con un 8,5% de representación popular, digno pero insuficiente para un partido que aspira a ser fuerza política decisiva. La orgánica partidaria funciona con escasa eficiencia a todo nivel, con numerosos seccionales que no desempeñan actividad alguna que no sea para eventos partidarios puntuales.

El tendencialismo ha terminado por debilitar la institucionalidad partidaria, teniendo el partido tantas voces y posiciones como tendencias, planteándose algunas de ellas el absurdo de darse la misión de llenar los vacíos que aquejarían a la conducción partidaria, contribuyendo así a una mayor desintegración de la orgánica y a una creciente pérdida de la identidad del Partido, que sólo puede expresarse a través de una dirección sólida y respetada por todos.

La vida partidaria tiende a nutrirse más de las dinámicas del poder interno y de los conflictos que inevitablemente las acompañan, que de la proyección sólida del Partido hacia la sociedad y hacia los movimientos y luchas sociales, que debiera constituir su tarea fundamental como contribución a una creciente expresión y profundización de una democracia.

La inexistencia de una administración profesional del Partido, como cualquier organización que desea mantener niveles básicos de eficacia en su funcionamiento, producto de una insuficiencia crónica de recursos, conspira contra la necesidad de mantener informada a la militancia y de llenar niveles mínimos de coordinación entre las diferentes instancias y fuentes partidarias.

La participación de la militancia en la toma de decisiones es cada vez menor, siendo las prácticas cupulares un fenómeno generalizado a todo nivel de la orgánica partidaria, con el agravante de que los militantes que provienen de las dirigencias de las orgánicas sociales no encuentran un espacio de interlocución, ni de respuesta a sus inquietudes de conducción del movimiento social. Nadie que no pertenezca a alguna de las tendencias que dinamizan las batallas cupulares por el poder en la orgánica, encuentra un espacio donde desarrollarse en el Partido, con lo cual éste va perdiendo vitalidad y conexión con una realidad externa plena de tareas y desafíos para un Partido que pretende ser de representación popular. Se pierde así,

también, identidad, al no diferenciarnos, por nuestros estilos de trabajo político, de lo que son los partidos centristas y de derecha.

El "internismo" que marca pesadamente la vida partidaria a todo nivel se expresa también en la dificultad de que la militancia se asuma como Partido de Gobierno, de un Gobierno que contribuimos decisivamente a llevar al poder y en cuyo desempeño el aporte socialista ha sido notorio y descollante. La separación existente al respecto tiene mucho que ver con la desinformación que el Partido tiene respecto a los asuntos del Gobierno del cual es parte, existiendo insuficientes contactos entre el Partido y los compañeros en diferentes niveles del Gobierno, nacional o regional, siendo evidente la carencia de iniciativa del primero para establecerlos. El necesario suprapartidismo de un Gobierno que debe trabajar y gobernar para todos los chilenos y no sólo para los partidos que los sustentan, ha tenido un innecesario correlato en una virtual prescindencia del Partido respecto de quienes ha destacado para asumir labores de Gobierno, a quienes no convoca para informar, ni tampoco entrega orientaciones, al mismo tiempo que tampoco acomete iniciativas que pongan en el tapete de la discusión partidaria ciertos grandes temas de interés nacional que va enfrentando nuestro Gobierno. La responsabilidad unipersonal en la dirección partidaria asignada en tal materia, ha sido un rotundo fracaso.

Todo esto debe terminar. Superados en buena parte los desafíos de la reunificación, aunque restando todavía la tarea de acrisolar políticamente las diferentes vertientes que han confluído al Partido, y cumplidos con éxito aceptable los desafíos electorales y de nuestra participación en el Gobierno y en el Parlamento, es crucial enfrentar de manera decidida el conjunto de problemas reseñados, que restan fuerza y capacidad de desarrollo al Partido y a su opción ante la sociedad chilena.

Este es el sentido de las elecciones internas en el próximo mes de noviembre.

Ellas no nos confrontan a definiciones ideológicas o políticas democráticas, ya que nadie cuestiona la esencia de nuestra línea política, ni la política de alianza, ni tampoco propone retornar, tal cual lo hacíamos en el pasado, a concepciones ideológicas sometidas hoy a una decidida y descarnada reflexión y crítica, producto de los fracasos de los socialismos reales.

Sin embargo, son elecciones que tienen el dramatismo de enfrentarnos a una coyuntura en que la opción por el PS que necesitamos tener, para poder hacer lo que debemos hacer, es crucial para el futuro de nuestra

opción socialista. Equivocarnos hoy en la elección de nuestra dirigencia, tendrá dramáticos efectos en los años venideros.

Tal es nuestra tarea, convencidos como estamos que al Partido no lo saca adelante una tendencia o un líder individual, por valiosa que sea su trayectoria y aportes al Partido, sino un equipo direccional integrador, con capacidad de conducción, gobierno y gestión partidaria, eficaz y moderno, prestigiado ante el país y con estatura de liderazgo nacional. Todo ello imprescindible además, para dar a la candidatura de Ricardo Lagos a la Presidencia de la República, la credibilidad de gestión gubernativa que requiere a fin de proyectarlo más allá de los confines de nuestro Partido y de las fuerzas progresistas que lo apoyan, asentándolo no sólo como una figura individualmente valiosa, sino, además con una base de apoyo partidario moderna y eficiente, abierta a los temas que preocupan al país, para poder gobernar eficazmente. Puesto que no se gobierna un partido ni un país sólo con declaraciones testimoniales ni con inexperiencia e ineficacia, se necesita, por el contrario, equipos probados y eficaces, sólidos y coherentes, en que los liderazgos individuales se subsumen en la labor colectiva, buscando el avance del Partido en su conjunto y no la simple satisfacción de las ambiciones de poder de un individuo o de una tendencia.

Queremos recuperar al Partido del tradicionalismo, del internismo cupular y de las fraticidas y pequeñas luchas por el poder; hacerlo más eficiente y más informado; abrirlo a la participación amplia de la militancia y de los dirigentes naturales de los movimientos sociales; proyectarlo hacia afuera, hacia el mundo popular y hacia los problemas que aquejan al país como nación; involucrarlo en una reflexión sistemática, amplia y desprejuiciada que ayude a establecer los nuevos parámetros ideológicos y políticos de su conducción, recogiendo lo mejor y lo permanentemente valedero de nuestros postulados históricos e incorporando los nuevos fenómenos del devenir de la historia, que han sometido a fuerte cuestionamiento, viejas concepciones. Queremos que el cambio sea no sólo nuestra propuesta a la sociedad como también parte consustancial de nuestra propia actitud militante, desprovista de dogmatismos enajenantes y de verdades obsoletas por la historia. Quienes nos ofrecen hoy la seguridad del pasado y la afirmación testimonial de viejas verdades que no se condicen con el mundo y el Chile de hoy, con lo que nuestro pueblo valora y anhela, no nos están abriendo paso a un futuro, sino a una lenta pero inexorable decadencia.

Somos profundamente socialistas, herederos de nuestros fundadores y del valioso legado de Salvador Allende, que dió la vida por la democracia mientras luchaba por abrir paso al socialismo, encarnando así, heroicamente,

el ideal del Partido de hacer del socialismo la máxima expresión de la democracia, integral y auténticamente participativa, humanista y solidaria. Somos quienes en Chile, bajo la dictadura o desde el exilio, bregamos incansablemente por reconstruir el Partido atomizado y disperso y por llevarlo al sitio que hoy ocupa, compartiendo las tareas de la reconstrucción democrática, junto a nuestros aliados de la Concertación, después de haber sido violentamente expulsados del poder por la fuerza de las armas, experiencia histórica mundialmente única en los procesos de transición de una dictadura a la democracia. Somos, más que nadie, responsables de los éxitos que el Partido ha protagonizado en la lucha que finalmente abrió paso a la democracia. Somos la izquierda que hizo posible la esperanza del pueblo de Chile de recuperar la libertad y la democracia.

No somos, por lo tanto, una opción de personas, sino una opción por un equipo direccional fogueado y plenamente adecuado para enfrentar los complejos desafíos que el Partido deberá acometer en los próximos años. Un equipo que, en aras de los intereses del Partido, renuncia a importantes cargos en el gobierno y apuesta por el Partido, con la decidida intención de disolver las tendencias originarias, subsumiendonos todos en el Partido y en torno a las ideas-fuerza que compartimos y que son la base de la opción que ofrecemos a la militancia.

Somos quienes estamos decididos a jugarla por entero al fortalecimiento de la institucionalidad partidaria, superando las tendencias y fortaleciendo el respeto por las autoridades; democratizando su funcionamiento interno; abriendo paso a una dinámica participación de la militancia en la toma de decisiones y en el trabajo partidario, formándola, uniformándola y estimulándola a asumir en plenitud tanto sus derechos como sus deberes; promocionando cargos por su capacidad y valor individual, más que por su adhesión a determinada tendencia y promoviendo ampliamente la fraternidad y solidaridad entre los socialistas, por sobre el resentimiento y la mezquindad, que impide la superación de las personas y castran políticamente a valiosos compañeros, llevándolos a posiciones surgidas más del rencor que de la razón.

Somos continuidad y cambio. Recogemos lo mejor de nuestra historia partidaria, habiendo sido nosotros mismos parte de ella por más de tres décadas y en uno de los períodos más difíciles de nuestra vida como organización política. Recogemos también los numerosos logros de las pasadas direcciones de la reunificación partidaria, así como igualmente sus deficiencias, con el decidido propósito de luchar por superarlos. Igualmente, nos hacemos cargo de enfrentar las deficiencias y distorsiones surgidas como fenómenos recientes en el seno del Partido, como son el exacerbado

internismo y cupulismo, que castran y paralizan el desarrollo partidario, y el tendencialismo con proyecciones virtualmente fraccionales, con carácter de verdadero "partido transversal", que busca sustituir las instancias direccionales regulares del partido, bajo el pretexto de llenar sus vacíos e insuficiencias, pero en la práctica suplantando la función que sólo a ellos compete y corresponde realizar.

Como somos también cambio, estamos por asumir los desafíos ideológicos y políticos que nos plantea la situación mundial por la que atraviesan las ideas socialistas y de izquierda, como un esfuerzo colectivo por desarrollar nuevas respuestas a los viejos problemas de la explotación, la pobreza, la marginalidad y la injusticia, que reconocen sus raíces en un capitalismo exacerbado por concepciones neoliberales fracasadas. Un capitalismo que en su actual fase de desésvolvimiento, ha profundizado las diferencias entre las sociedades de mayor y menor desarrollo, así como las desigualdades e injusticias al interior de cada una de ellas, institucionalizando la pobreza y la miseria. Un capitalismo que ensució el planeta y lo llenó de desechos que pueden tornarlo inhabitable. Un capitalismo, en fin, que pese a cacarear valores superiores, fracasó en hacer avanzar la tarea de humanizar la humanidad, haciendo pasto de la droga y la desesperanza a las nuevas generaciones.

Pero, siendo también tributarios de un período histórico que ha visto derrumbarse los modelos del socialismo real con que se intentó enfrentar la sustitución histórica del capitalismo, incapaces de lograr el progreso económico para sus habitantes y de conjugar el intento de construcción de una sociedad socialista con más libertad y más democracia, tenemos el deber de encontrar nuevas respuestas, que no repitan los errores ya cometidos. Desde luego, está históricamente claro que buscar la construcción de una sociedad más justa promoviendo el odio de clases y la confrontación violenta de los poderes constituidos sólo da por resultado regímenes tanto o más opresivos que los que se intenta suplantar. Está claro, entonces, que abrir paso a la opción socialista debe ser parte de un proceso de creciente expansión y profundización democrática que conquiste la hegemonía en la sociedad para las ideas socialistas, por su mayor consecuencia, con valores ampliamente compartidos en la sociedad, pero de realización impracticable en las manos de un capitalismo exacerbado.

Desde tal perspectiva, tenemos el deber de generar las ideas-fuerza que permitan aprovechar el mismo potencial productor de bienestar que ha generado la economía de mercado, como lo señalaba Marx, con un impresionante desarrollo de las fuerzas productivas, inmersas en una revolución tecnológica sin precedentes, que ha aumentado la productividad

del trabajo de manera espectacular, haciendo que hoy sea posible la satisfacción de las necesidades básicas de la humanidad, siempre que se resuelvan las inquietudes estructurales de tal modelo, que resultan en pobreza y marginalidad. Tal es el desafío programático y de proyecto que debemos asumir colectivamente, sin temor a desafiar verdades establecidas y hasta nuestras propias propuestas del pasado, poniendo por sobre el interés partidario el interés colectivo y, en particular, el de los más desposeídos y desamparados.

Pero el desafío de la hora presente es fortalecer al Partido y a la Concertación por la Democracia. Habiendo sido los promotores y fundadores de tan crucial alianza, estamos decididamente por robustecerla, sabiendo que en el período que se inicia ella estará sometida a los riesgos que provienen del propio éxito que ha tenido en conducir una compleja y difícil transición, por un buen camino, consolidando concientemente la democracia. Si bien las fuerzas del pinochetismo conservan aún importantes instrumentos de poder, el Gobierno democrático ha logrado reducir sus espacios de manera eficaz, haciendo imperar el Estado de derecho e imponiendo crecientemente la supremacía del poder civil, como expresión de la soberanía popular por sobre el poder militar. No obstante, ser menor, el riesgo involutivo está allí presente, agazapado, esperando su oportunidad, aunque esta vez sea por medios democráticos y no golpistas. Pero, objetivamente, el cuadro hoy es menos exigente de generosidad y flexibilidad para los Partidos de la alianza, como consecuencia del menor tamaño del peligro pinochetista. Junto con ello, la exitosa transición ha creado el marco para que los Partidos, antes reprimidos puedan ahora desarrollar su presencia en la sociedad, para lo cual requiere, buscar plantearse, legítima y necesariamente con sus propias propuestas e identidad. De otra manera le sería imposible mantener y acrecentar la representación social que les permita gravitar y pesar en la conducción de la alianza.

De allí que para nuestro Partido sea crucial reperfilarse, solucionando sus problemas internos que le hacen perder identidad y coherencia, levantando propuestas propias frente a los problemas de los más pobres, que son nuestra base de referencia, pero también frente a los problemas nacionales, y volcándonos con fuerza a incrementar nuestra presencia social. Ello, además, en el marco de proponerlas y propugnarlas en el seno de la coalición y procurando que los planteamientos programáticos de ésta sean lo más avanzados y progresistas que sea posible conseguir.

Está claro: no habrá Concertación Democrática sin un Partido Socialista fuerte y pujante, con gran presencia social y con clara identidad. De lo contrario, la Concertación fatalmente se transformará en una alianza

unipolar, con un fuerte partido eje, la DC, y una serie de agregados menores que sólo subsistirán como parte del "chorreo" electoral del partido mayoritario, sin aportar nada o muy poco propio. No es tan triste destino el que aspiramos para nuestro Partido, por cuya reconstrucción nos jugamos la vida bajo la dictadura. Sería un amargo tributo a nuestros mártires y el dolor sufrido en tan dura empresa. Por el contrario, aspiramos y tenemos que jugarnos con todo por fortalecer el Partido, por que es lo púnico que puede asegurarnos la adecuada defensa y promoción de los valores socialistas y de la causa progresista de los más desposeidos y por que sin tal fuerza socialista como aliada gravitante y decisiva, el centro político fatalmente terminaría gravitando hacia la centroderecha, haciendo retroceder la causa progresista que bajo el Gobierno de la Concertación y pese a todas sus limitaciones, ha tenido un importante avance en el país.

No es, por lo tanto, desentendiendonos de los éxitos del Gobierno del Presidente Aylwin, del cual somos parte protagónica, como debemos lograr nuestro reperfilamiento. ello sería francamente errado. El pueblo valora profunda y mayoritariamente el Gobierno de la Concertación, pese al esfuerzo disolvente que en su seno intenta realizar la izquierda extraparlamentaria y marginal. Sería absurdo, por lo tanto, desentendernos de un éxito y valoración que es también plenamente de nosotros, como actores también principales de la alianza y del gobierno. Se trata, por lo tanto, de apropiarnos de los éxitos del Gobierno de la Concertación, por que son también nuestros, construyendo a partir de ellos, como sólida base de sustentación los avances que hay que plantearse hacia el futuro, completando las tareas de la democratización que queden inconclusas y planteandose nuevas tareas que tengan como eje el ataque frontal a la explotación, la pobreza, la marginalidad y la falta de participación de la gente más desposeída

Nos proponemos, para ello hacer los máximos esfuerzos para que la Concertación Democrática elabore un programa común de gobierno, acuerde un pacto parlamentario y lleve un candidato único a la Presidencia de la República, resultante del consenso entre todas las fuerzas constitutivas, mediante un mecanismo equitativo y transparente que junto con reconocer fuerzas, reconozca también trayectorias y capacidades y, por sobre todo, la necesidad crucial de que todas y cada una de sus fuerzas constitutivas deban tener igualdad de oportunidades para liderar la coalición. Nos proponemos, en tal marco, bregar incansablemente por lograr que uno de los mejores hombres de nuestras filas, de probada capacidad de estadista, Ricardo Lagos Escobar, sea tal candidato único de las fuerzas democráticas, convencidos profundamente, como estamos, que tal hecho será extraordinariamente

fortalecedor de una alianza que tan buenos frutos ha traído para nuestro pueblo.

Para ello será necesario proyectar la Concertación Democrática hacia un nuevo período de Gobierno. Partiendo de los grandes logros del primer gobierno de la concertación, el próximo deberá caracterizarse por un sello más marcadamente progresista, acelerando la realización de las aspiraciones de justicia social y participación de los sectores más postergados y más golpeados por las políticas favorecedoras de la concentración de la riqueza que privilegió el pasado régimen dictatorial y cuya situación el Gobierno del Presidente Aylwin, pese a sus notables esfuerzos, sólo ha podido atenuar.

Para acometer una empresa de tal envergadura, es fundamental elevar sustancialmente la presencia y representatividad social del Partido Socialista, transformándolo en una fuerza de izquierda sólidamente gravitante en la sociedad chilena y, por ende, en el seno de la Concertación democrática, con propuestas modernas y eficaces que den cuenta adecuada de la actual etapa que vive el mundo contemporáneo y, en particular, nuestro país.

Bregaremos, por ello, por un Partido Socialista coherente y sólido, que refuerce su institucionalidad reduciendo sustancialmente la gravitación nociva que ha desarrollado el juego tendencial, canalizando todos los esfuerzos de la militancia hacia el fortalecimiento absolutamente prioritario de las estructuras partidarias, el respeto a sus instancias direccionales a todo nivel y el predominio definitivo de la lealtad al Partido por sobre la lealtad a grupos o caudillos. Bregaremos, en suma, porque apostemos al Partido, volcando hacia las tareas colectivas, fijadas por sus direcciones en cada nivel, lo mejor de las capacidades y esfuerzos de cada cual, relevando definitivamente el mérito militante por sobre el amiguismo y el compadrazgo.

Bregaremos por conseguir un Partido volcado hacia los problemas de la gente común y humilde y no hacia adentro, un Partido preocupado y con posiciones claves sobre los problemas que ocupan al país y no sólo aquellos que constituyen la cotidianeidad del funcionamiento de su orgánica. Un Partido, en suma, que acumula en torno a sí el respeto de la gente de la comunidad, por la nitidez y consecuencia con que sirva a la solución de los problemas de la gente y con que defienda los derechos de los ciudadanos y lo que es bueno para el país, con visión de Estado. Un Partido que, por ello, refuerce su prestancia y personalidad marcando con su estilo moderno y eficaz de hacer política su impronta popular y democrática. Un Partido

expresivo de los intereses de los movimientos sociales, pero también un instrumento de actualización y modernización.

El equipo direccional que proponemos para conducir al Partido en la próxima etapa de su vida, tan crucial para su futuro y para el país, es mucho más que un acuerdo entre tendencias. Es un esfuerzo colectivo por superar el tendencialismo y por disolverse en el Partido y por su institucionalidad. Es en realidad, un crisol de trayectorias, experiencias y voluntades, que refleja un sustancial cambio generacional, que hace suya la modernidad por ser parte de su experiencia misma de vida. Es un equipo que, recogiendo la consolidación del proceso unitario lograda bajo la presidencia de Jorge Arrate y el eficaz enfrentamiento del primer desafío electoral nacional que lideró Ricardo Nuñez, pretende ahora, bajo la conducción de Germán Correa, Isabel Allende y Marcelo Schillingque volcar todas sus energías y eficacia en la modernización y fortalecimiento de la institucionalidad partidaria, y de acometer los grandes desafíos de hacer un aporte decisivo al futuro de la Concertación y del país.